

Mi vida con el narco  
David Piñón Balderrama

*El testimonio inédito de un reportero del norte del país cuya vida fue invadida por el  
narcotráfico*

## Uno

Estaba a cinco meses de casarme, acababan de ascenderme en el periódico y parecía que por fin había llegado la hora en que iba a poder vivir completamente del periodismo. Entonces comenzó una época que las autoridades llamaron “la guerra contra el crimen organizado”. Los primeros días no fueron malos. Creí que se presentaba la oportunidad de hacer grandes cosas. Tenía un nuevo equipo de trabajo, dispuesto a jugársela conmigo, y ese equipo me hacía sentir cierto liderazgo, algo halagador si trabajas con gente profesional que te tiene en cuenta para tomar decisiones y comenzar a actuar. Era la luna de miel, aunque la experiencia de mis antecesores me advertía que aquel periodo sólo duraría unos meses antes de que comenzaran los problemas que me harían aventar el cargo y hundirme en la soledad. Estaban equivocados. La luna de miel terminó mucho antes.

Duró exactamente una semana y terminó la tarde en que ejecutaron a Iván, un agente de la Policía Municipal que me pasaba información y dominaba el centro de la ciudad. Lo había conocido en mis tiempos de reportero en la calle, cerca de las ambulancias, las patrullas, el mundo de los oficiales. Iván conocía los nexos criminales de los jefes policíacos y las bandas, sabía la ubicación de tienditas y picaderos, y podía identificar para



quién trabajaba cada puchador. Platicaba mucho conmigo, pero nunca me dejaba apuntar.

—Nomás te estoy platicando —decía—. No apuntes y allá tú si lo publicas.

Una tarde, cuando estaba por terminar mis labores, me avisaron que por la zona sur oriente de la ciudad un comando armado lo había ejecutado. El chofer de un camión alcanzó a ver cómo lo tenían hincado varios hombres con el rostro cubierto, gritándole que se había pasado de lanza y que por eso iban por él. Supe que lo habían asesinado por la información que pasaba, que la corporación policíaca a la que había pertenecido estaba infiltrada por criminales. Un compañero de trabajo me dijo:  
—Las cosas se están poniendo calientes. Nos están diciendo que le bajemos de huevos.  
—Está bien, chaparrito —respondí—. Pues entendimos el mensaje y ya.

Su muerte se perdió entre las 100 ejecuciones que se habían registrado en la ciudad a lo largo de 2007 y que duplicaban las ocurridas el año anterior. Al comenzar 2008 se había alcanzado esa misma cifra en sólo dos meses. A fines de marzo habíamos contabilizado 214 víctimas y yo había descubierto que mi nuevo empleo poseía grandes desventajas: el teléfono sonaba a cualquier hora de la madrugada, ganaba sólo un poco más de sueldo y tenía, en cambio, el triple de trabajo. Me pasaba el día encerrado en la oficina, extrañando las calles y la urgencia de la nota diaria, obligado a atender trámites burocráticos de la Gerencia, Recursos Humanos y Publicidad. Pasaba el tiempo sintiendo que los días deberían tener 28 horas, porque 24 eran insuficientes.

Un día cualquiera de marzo de 2008, a las siete de la noche, me dirigí al estacionamiento del periódico. Pensaba cenar algo con mi novia y luego ir a descansar. Subí a la camioneta, encendí el motor y entró una llamada de un número desconocido. Luego supe que no venía de la telefonía móvil sino de la satelital. No supe si debía responder. Llevaba trabajando 12 horas seguidas. Al fin, me ganó la curiosidad. No fuera a ser una emergencia. Hoy asocio aquella llamada con un poema de Ungaretti:

*Lejos, lejos  
como a un ciego  
me han llevado de la mano.*

Contesté:

—Licenciado, un gusto saludarle, licenciado. Me recomendaron que hablara con usted para platicar de... bueno, es que, mire, pues nosotros no queremos problemas con ustedes, ¿sí me entiende, patrón?, es que queremos que nos echen la mano, porque son chingaderas lo que están haciendo con nosotros y pues no queremos actuar a la mala. A nosotros no nos gusta meternos con los que nomás hacen su trabajo, sabemos que nomás hacen su trabajo, pero también nos están chingando, les dicen que nos estén chingando y ya no sabemos cómo hacerle... ¿sí me entiende, licenciado?

Desde luego que lo entendía. Recordé que unos días antes un comandante de la PGR, que para variar fue ejecutado tiempo después, me había dicho que unos conocidos suyos querían hablar conmigo. La confianza que tenía con ese comandante no era tanta como para que se aventara a proponerme cualquier clase de complicidad. Apenas me había deslizado que alguien quería hablarme. Hice como que no entendí y le pedí, la última vez que nos vimos —pues comúnmente hablábamos por teléfono y nos mandábamos correos electrónicos— que me mandara a sus conocidos a la oficina para atenderlos.

No fueron a verme, pero optaron por el teléfono. En la primera llamada aquel sujeto me

habló de su organización, La Empresa, con un código casi secreto. Habló de “los de enfrente” (así llamaba a sus rivales cuando estaba de buenas, porque de malas no los bajaba de hijos de la chingada), y habló también de mis colegas de otros diarios, a los que compraban con unos dólares a fin de que éstos omitieran algunos datos y les echaran la mano difundiendo rumores, o “quemando” a quienes ellos querían poner en el foco de atención de las autoridades.

—Nosotros conocemos cómo es usted para trabajar, patrón, por eso le pedimos que nos vayamos por las buenas, al fin que pues no le caería nada mal una ayudadita para su casa, su familia... nomás díganos, que ya sabe que estamos a sus órdenes, si tiene algún problema con alguien, si lo andan molestando, quien sea, nomás me dice y nosotros nos encargamos, sin que usted se manche las manos. Yo voy a buscar la forma de encontrarlo, de mandarle un mensajito, de unos cinco o seis mil dólares, es con lo que nosotros podemos apoyarlo, licenciado. A los que nos apoyan allá en Juárez o Parral o allá en Durango, o así, pues los apoyamos con menos, con unos cuatro, pero sabemos que usted es profesional y nos puede echar la mano... piénsela, patrón, yo lo busco mañana a ver qué me dice, a ver cómo nos podemos ayudar.

Pude distinguir que entre cada bulto de palabras el hombre aspiraba, tosía, bebía, fumaba, en ese orden. Se estaba metiendo toneladas de cocaína mientras hablábamos. A su alrededor se oían gritos, carcajadas, pláticas.

Respondí:

—Oiga no, no, no, no se apure. Le agradezco mucho la intención, pero usted sabe, son muchas broncas, en mi trabajo son muy delicados los jefes, así que no se apure. Pero estoy a sus órdenes, amigo, nomás hábleme cuando se le ofrezca y vemos qué podemos hacer, con mucho gusto.

El hombre aspiró, tosió, bebió. Luego dijo:

—Pero no se apure, le digo que nosotros no nos metemos con los que no se tratan de pasar de lanza con nosotros. Yo sé que usted nomás hace su trabajo, por eso el jefe, de Juárez, ¿sí sabe quién es mi jefe?, pues mi jefe me pidió que le hablara primero yo, pero él le va a hablar para ponerse a sus órdenes, para que le diga lo que quiere, lo que necesita, y luego que él me diga yo me encargo de buscarlo, licenciado... Sin compromiso, de verdad, es sólo una compensación si nos echa la mano de vez en cuando.

El corazón me estaba latiendo a todo vapor, no sabía qué decir para desligarme de cualquier cosa que pudiera poner en riesgo mi integridad. Atiné a responder:

—No, mire, después uno se mete en problemas, ¿qué tal si alguna vez no le puedo echar la mano? ¿Se imagina? Me iban a andar correteando, hombre, y mejor para qué nos metemos en broncas, ¿no le parece? Dígale al señor que muchas gracias, que ahí estamos a la orden, estamos pendientes, nomás háblenme con tiempo para lo que se ofrezca, no se apuren.

—No, licenciado, es que me dijeron que le dijera... —y se oía que aspiraba, que fumaba, que daba un sorbo antes de continuar—. Es que el patrón me pidió que le dijera que nomás nos eche la mano, en lo que usted pueda, ¿verdad? No se sienta comprometido, ¿verdad? Nosotros sabemos que usted pues cumple con su trabajo como siempre, muy bueno, muy bueno, pero estas chingaderas de repente se ponen difíciles y pues ahí se necesita que nos echen una mano... Usted sabe, pues nomás a veces que les meta un chingazo a esos hijos de la chingada, o a veces que nos diga cómo anda el agua,

que nos ayude, a veces se trata de nuestra gente y pues a veces no queremos que salgan los nombres o cosas así, ¿me entiende?

—Claro que sí, lo entiendo, pero le digo, cuando pueda echarles la mano con mucho gusto, y no se apure, ahí estamos a la orden —le dije, mientras trataba de descifrar su código, sin lograr hacerme del escenario completo de los problemas que enfrentaban ambas bandas.

—Gracias, patrón, yo lo busco más tarde o mañana para ponernos de acuerdo, para entregarle lo que le mande el jefe que anda en Juárez, pero en cuanto lo vea y que él me diga yo lo busco para ponernos guapos con usted. Y lo que se le ofrezca, no se apure, nosotros lo protegemos para que usted no ande preocupado.

No pude analizar lo que me habían dicho realmente, ni lo que yo había respondido. Traté de digerir lo hablado con esa persona que me llamaba patrón y licenciado, y era extremadamente servil y educada si no se tomaba en cuenta su voz aguardentosa y las aspiradas constantes que interrumpían la fluidez de su plática. Me pregunté: “¿Hasta qué grado te has involucrado?”.

De cualquier modo guardé el contacto en mi celular bajo el nombre de Juan. Pensé que me podría servir de algo tener un contacto de nivel dentro de la mafia. No tardé en agregar a mi agenda otro contacto, al que llamé Secretario, y uno más al que nombré La Empresa.

Había comenzado mi relación con el narco.

## Dos

—Buenas, patrón, qué dice... Oiga, cómo vio lo de Parral, yo les pedí que lo regresaran por seguridad nomás, no quería molestarlo, una disculpa porque no quería que lo molestaran, pero estaba muy caliente por allá. De todos modos cómo la vio. Estos puercos hijos de la chingada nos levantaron a cuatro morritos, puros lepes, hombre, eran mi gente... pero hijos de la chingada les matamos a madre al cabrón que nos estaba chingando, ¡les partimos su madre para que sepan con quién se meten esos marranos! Aquí en Chihuahua tengo toda la información, si quiere ahorita nos vemos, para decirle como estuvo todo —me decía Juan por teléfono, mientras yo manejaba, el domingo 6 de abril, a las dos de la madrugada, por la carretera Parral-Chihuahua. A mi lado iba dormido mi compañero Pablo.

—Pues bonito susto me metieron. Yo nomás iba a hacer mi trabajo, pero sus muchachitos están cabrones, muy maleducados para hablar. Ahora vengo en la carretera todo asustado. Mejor mañana platicamos.

Faltaba más de una hora de camino y no pensaba llegar a Chihuahua para reunirme con un narco en plena madrugada. No después de viajar a Parral en forma urgente para cubrir una balacera que había dejado seis muertos. No después de que unos sujetos me hicieran volver con malas palabras.

—Como quiera, licenciado, nomás le quería pedir de favor que cuidara a mis muchachos, son puro jovencito que andaba jalando bien, nomás le encargo que no salgan sus nombres en los periódicos, ni las fotos. Por la familia. Se nos hace gacho por la familia —me decía aquel tipo de voz aguardentosa que de jefe, patrón y licenciado no me bajaba.

Agregó:

—Y dígame cómo le hacemos para entregarle el encargo, que aquí lo traigo, calentito, porque me pidieron que lo tratara muy bien. El patrón anda en Juárez, ahorita hablé con él y me dijo que le hablara, para que no se arriesgara por allá, y para darle lo que le dijimos.

—No'mbre, no se preocupe, después del susto nomás quiero llegar a dormir, mañana tengo jale muy tempranito, yo pensaba quedarme por allá en Parral pero pues ya me saltaron otras broncas. De todos modos estamos al pendiente, nomás avíseme.

El hecho de tener comunicación tan seguida con ellos comenzaba a preocuparme. Tuve más de 150 kilómetros de carretera oscura para ir pensando lo que había pasado. ¿Hasta dónde me estaba involucrando, hasta dónde llegaría la relación y hasta qué punto sería sostenible?

—Buenas, qué dice, patrón, ¿ya llegó a Chihuahua? —insistió Juan por el celular, que ya estaba casi descargado, poco después de las tres de la mañana.

—Apenas vengo llegando, compa. ¿Qué hay de novedades?

—Pues seguimos igual, licenciado. El jefe anda encabronado por lo que pasó, ya sabemos quiénes fueron, fue

un pinche flaco pendejo de Durango que se metió para acá, que desde hace mucho anda chingando para meterse por acá, pero ni madres que lo vamos a dejar. Es un pinche flaco que se siente muy bule. Lo vamos a reventar al pendejo como le andamos reventando a su gente al güey; queremos quemarlo. Dice el patrón que si nos ayuda para quemarlo en los periódicos, en la internet, para que los pinches guachos vayan por él, a él sí lo dejan jalar en la sierra, en Durango, los tiene bien compradotes el hijo de la chingada...

—Mañana vemos ese pedo, ¿no? Es que ando bien fregado, ya necesito irme a dormir, me venía durmiendo en la carretera.

—Sí, señor, nomás le hablaba para decirle eso que nos pidió el patrón, pero de todos modos él mañana le habla, para ver si nos vemos por ahí, si quiere con un paquetito, con todo el kit, ¿sí le pone a esa madre?

Le dije que sí, que a veces le ponía, pero hacía un buen rato que no.

—Es que ando medio enfermo, pero mañana vemos ese pedo, a ver dónde nos vemos.

Pura madre, pensé. No me voy a andar drogando y menos con unos narcos. Comenzaba a pensar, por cierto, cómo tenía que hablar ante ellos. Por alguna razón, si ellos



comenzaban a utilizar malas palabras yo les respondía de la misma forma. Nunca he sido mal hablado. Pero algo me hacía ponerme al mismo nivel. De cualquier forma, insistí, pura madre que voy a verlos, mejor que todo sea por teléfono.

## Tres

Una madrugada, mis “amigos” me avisaron que en unos minutos iban a matar a determinada persona que andaba de “chapulín”, es decir, que dejaba su bando para irse con los rivales, ya fuera de vendedor, transportista o sicario. Era muy perturbador despertar en la madrugada con el sonido del teléfono, que yo siempre acostumbraba dejar con el volumen más alto para poder escucharlo, y venir a enterarme que alguien más, uno de tantos, estaba a punto de ser acibillado. Era demasiado para mi conciencia. No sabía cómo actuar. Tampoco a quién recurrir. Una noche me pidieron que me acercara a la carretera a Juárez, porque acababan de dejar a un encobijado. Me vendían la información como exclusiva. Tan exclusiva que yo podía enterarme de esa muerte muchas horas antes de que algún testigo le informara a la policía. El dilema era siempre el mismo: denunciar o no. Decidí que no me correspondía hacerlo. Mi trabajo de periodista se limitaba a dar cuenta de los hechos. Además, tenía claro que lo que estaba en riesgo era mi integridad. Más tardabas en denunciar que los criminales en darse cuenta. No era un cómplice voluntario. Era, simplemente, otra víctima del temor. Me sentía en riesgo al trabajar, al andar en la calle, al llegar a mi casa, al contestar el teléfono.

Decidí dejarlo sonar. No contestarlo más para dar por terminada mi relación con La Empresa. Compré un nuevo aparato, cuyo número le di a mis conocidos poco a poco. Y entonces vino un cambio. Me llegaron mensajes al periódico llenos de reclamos. De “patrón” y “licenciado” me convertí en “compa”. Y yo, que no podía explicar por completo mi actitud, porque los evadía, terminé por desesperarme. Vivía lleno de temor ante la posibilidad de tener un conflicto con La Empresa. Alguna vez me habían invitado a Puerto Vallarta “para platicar”. Pude excusarme alegando los preparativos de mi boda. El tiro me salió la culata, pues al enterarse de la fiesta quisieron ser “padrinos con lo que se me ofreciera”. Esos tiempos habían quedado atrás. Una tarde me llamó el hombre registrado en mi lista de contactos como Secretario, que ocupaba un nivel más alto que Juan.

—Oiga, ya bájénle, ¿no? ¿Cuánto les está pagando el ejército? Nos están poniendo una chinga, siempre contra nosotros, siempre nos acusan de todo, pero a los otros cabrones no les hacen nada. Hay otros cabrones que son los que traen todo el desmadre, nosotros sólo nos defendemos, pero de ellos no dicen nada, al contrario, como aquellos están arreglados con el ejército y ustedes también, a toda madre, nomás a nosotros nos traen jodidos.

—Espéreme, espéreme mi compa, no sé de qué está hablando.

—No se haga, son chingaderas: dice ese pinche general Juárez que somos unas cucarachas, pero cómo no dice eso de los que les pagan a los guachos en la sierra.

Ellos pasan cualquier chingadera por la sierra, pasan lo que sea en camiones enteros y nomás se arreglan en los retenes, allá en la carretera a Piedras Negras, en la de Guadalupe y Calvo, ¿cómo eso no dice el pinche general ese? Además, ésas no son palabras de un general, pinche viejo mal educado.

—Pues así son los generales, pero tiene razón, no son palabras de un general.



—Va a ver ese pinche general, ya le caímos a su gente ahí en la zona militar, y se lo va a cargar la chingada. ¿Y ustedes por qué lo hacen? ¿Quién les paga? Si es por dinero ya le dije que vamos a arreglarnos, mi compa. Porque es así o es por las malas, nosotros sabemos todo de ustedes, mi compa, tienen familia, sabemos dónde viven, qué hacen, con quién se andan moviendo...

—No, señor, ¿cómo que con quién me ando moviendo? Ni madre, yo sólo ando trabajando, pero está cabrón, todo les molesta. Si no son ustedes son los otros, está cabrón trabajar así. Ni modo, mejor mando el jale a la chingada y mándeme una lista para saber a quién puedo tocar y a quién no... ¿Sí me entiende? Si usted realmente sabe todo el movimiento, entonces bien sabe que nomás estoy haciendo mi jale.

—Mire, yo no soy como aquellos culeros que no respetan, yo si veo que nomás andan haciendo su jale está bien, conmigo no hay problema, aguanto los trancazos... pero no estoy tan seguro que usted nomás esté haciendo su trabajo, porque, oiga, ya son muchas, nomás para nosotros, y todavía dice que somos amigos...

—¿Y cómo quiere que le haga? Yo no entiendo ni madre, un día me habla usted, luego me habla Juan o La Empresa y me dicen una cosa, puras claves, es que no les entiendo, o sea no sé cuándo se están chingando a uno de los suyos, cuándo a uno de los otros... Está cabrón. ¡Y luego hablan del otro lado y amenazan con que nos va a cargar la chingada o el ejército también presiona. ¡Está de la chingada estar en medio! De perdida ustedes saben en qué andan metidos, pero yo no, y si no me quieren chingar ustedes son los otros, son los militares o los pinches policías, ¡nomás ustedes saben qué se traen!

Secretario no entendió la desesperación que le expresé a gritos cuando decidí jugármela con la verdad. Al contrario, tomó lo que dije como una ofensa. Me acusaba —según deduje cuando me puse a interpretar las conversaciones con él que me daban vuelta por la cabeza— de estar trabajando para el bando opositor o para el ejército, por lo que en mi ejercicio como reportero reflejaba nada más la versión de sus rivales. En realidad —y sólo yo sabía eso—, a la hora de escribir relataba lo que sabía, lo visto en el lugar de los hechos, lo que apuntaban las investigaciones, nunca suposiciones propias ni ataques a uno de los bandos en disputa.



Pero ellos no lo interpretaban igual. Tenían su propio código de comunicación. Leían las noticias según su conveniencia y, como el león cree que todos son de su condición, siempre pensaban que había algo detrás. Nadie, ni el reportero más avezado, es capaz de saber qué tan complejas son las historias que los narcos tejen en sus cabezas cuando cualquier información aparece publicada.

—Pues nomás le digo que nosotros sabemos todo de ustedes, dónde viven, dónde están sus familias, qué hacen. Piense en eso, mi compa, no se ande pasando de lanza.

## Cuatro

Era natural que la cantidad de muertos, que rondaba los 500 hacia el mes de abril — luego de un año durante el cual se habían registrado más de dos mil decesos por ejecuciones—, dejara una huella profunda en la gente de las ciudades. Al final de cuentas eran decesos trágicos que marcaban recuerdos indelebles. Casi no había calles importantes, grandes avenidas, donde la muerte no asomara la cabeza. Cualquiera que caminara por esas calles recordaba por fuerza alguna ejecución. Una en aquel local, otra en ese restaurante, otra más en aquel estacionamiento.

El extremo del absurdo era que, aun con las calles patrulladas por el ejército, en todo el corredor norte de las drogas, en los estados fronterizos de México, los cárteles y sus células, lejos de desplomarse, se habían multiplicado.

Ahora los delitos comunes también eran atribuidos al crimen organizado y, para colmo, las bandas tenían agentes de relaciones públicas que, igual que lo hacen los partidos políticos, llamaban a los medios de comunicación para pedir neutralidad. Hablaban de parte del Chapo Guzmán, quien se sentía muy golpeado por tal periódico o tal televisora, o de parte de La Empresa, que veía a los medios muy cargados a favor de los de Sinaloa. Los medios de comunicación en poblaciones como Culiacán o Juárez tenían historias impublicables que sólo circulaban entre los reporteros de la fuente policíaca. Entre ellas, las de sus contactos con el crimen organizado, generalmente un mando de buen nivel encargado de opinar, declarar y orientar al reportero, tal como lo hacen los voceros de cualquier estructura de gobierno.

Valerse de los medios como estrategia política, eso fue lo que hicieron los narcos al avanzar en su lucha contra las pocas corporaciones oficiales que los combatían en serio. Siguieron también sus planes de relacionarse con reporteros, darles información y hacerlos cómplices aunque fuera de manera forzada.

—Ya sé quién dio el pitazo de lo que pasó en la mañana, mi amigo. Pero le marco y le marco y no me contesta —me reclamó Secretario una tarde, cuando había mandado una edición de lujo para el día siguiente, con la detención de tres integrantes de su banda. Para variar, me pidió modificar la nota. Lo hizo de muy mala manera. Se encontraba molesto.

—¿Ah sí? ¿Quién fue? —le pregunté.

—El hijo de la chingada es policía estatal y ya lo tengo ubicado. Anda por la carretera a Aldama. Por si gusta acercarse, en media hora le aviso dónde queda el cuerpo.

Cada vez se habían vuelto más descarados a la hora de informarme de cosas que no me importaba saber, al menos, no de forma tan adelantada.

Veinte minutos después, sonó el celular.

—Está en tales calles, con un dedo cortado metido en la boca para que se le quite lo pendejo.

Pensé: “Como si no se le fuera a quitar lo que fuera ya estando muerto”. Pero el chiste no me hizo gracia. La noticia anticipada de esas ejecuciones me retorció la conciencia, como si yo hubiera sido el autor material. Me la retorció aunque trataba de desligarme. La única solución era renunciar, pero no podía hacerlo en medio de la crisis, con un bebé en puerta y con la vida llena de obligaciones y responsabilidades.

A veces, al conocer el móvil de los crímenes, me daba coraje oír que la gente, alejada por completo del problema del narco, acostumbraba decir: “Pues si lo mataron debió ser porque andaba en malos pasos”. Esas palabras no me dolían por ellos, por los muertos,



sino porque me aterraba la posibilidad de pasar por lo mismo, de ser la víctima, y de que a mis familiares fuera a llegarles la frase: “Pues si lo mataron fue por algo”.

Ese “fue por algo” llegó a retumbar violentamente en mi cabeza, hasta hacerme confrontar a todo aquel que lo pronunciaba. Me ganaba algunas críticas, por supuesto, por salir con mi cantaleta sobre cómo estaría la familia de la víctima, su esposa, sus hijos, sus padres, al tener la incertidumbre de por qué habría ocurrido la ejecución. No debemos juzgar, me repetía, porque sabía cómo se las gastaban quienes sin pudor alguno llegaban por uno y terminaban matando a tres. Era la pena de muerte, no aplicada por el Estado, sino por el crimen.

No había manera, sin embargo, de limpiar la memoria de los fallecidos. Era humana y matemáticamente imposible, pues la cantidad de muertos y la cantidad de los que sí estaban metidos en el narcotráfico convertían aquello en una empresa imposible de realizar.

Habían quedado lejos los tiempos en que yo era “patrón” y “licenciado”.

—Mire, mi amigo, me vale madre cómo le haga, pero no quiero que salga nada, ni el nombre ni el asesinato, nada, que no salga ni una sola noticia o de plano mañana tendremos que arreglarnos ya no como amigos. Yo no quería llegar a esto con usted, pero no hay de otra, dígale a su jefe lo que quiero o mañana mismo se los carga la chingada.

Fue una de las últimas advertencias. A Secretario le habían matado a un familiar, en una venganza. La víctima no tenía nada que ver con las actividades de su pariente. Me exigió que eliminara la información, que ocultara los hechos. Confieso: terminé por acceder. Y además lo hice sin respingar.

—Al cabo, al rato va a tener muchas noticias —me dijo finalmente Secretario.

Se refería a que, horas después de la muerte de su familiar, ubicó e hizo ejecutar a cuatro jóvenes, aparentemente responsables del asesinato.

Ser periodista en los peores días de la guerra contra el crimen organizado puede volverse asfixiante. La incertidumbre te mata. No es una lucha cuerpo a cuerpo, no es una batalla que uno pueda enfrentar. Es hallarse a merced de desconocidos que saben de uno mismo detalles sorprendentes. Es pelear contra nada, y luego detenerte a escuchar la voz de tu conciencia. Es temblar cuando suena el teléfono, y despertar por la noche con la frente llena de sudor. Es vivir espantado hasta de tu propia sombra. Por eso escribo este informe. Porque, pase lo que pase, quiero que mis familiares sepan que no, que yo no estuve metido en nada.

**David Piñón Balderrama.** Jefe de Información de *El Heraldo de Chihuahua*. Este relato forma parte del texto ganador del Premio Testimonio Chihuahua 2009.